

2. LITERATURAS LATINOAMERICANAS: HISTORIA Y CRÍTICA

Hortensia Calvo / Beatriz Colombi (eds.): *Cartas de Lysi. La mecenas de sor Juana Inés de la Cruz en correspondencia inédita*. Madrid / Frankfurt a. M.: Iberoamericana / Vervuert, 2015 (Parecos y Australes. Ensayos de Cultura de la Colonia, 16). 242 páginas.

El trabajo de archivo es una de las posibles ocupaciones por las que puede optar el estudioso de la literatura ávido de encontrar textos inéditos, joyas que el tiempo conservó alejadas de la publicación. La búsqueda en esos espacios de acopio, repositorios inagotables de sorpresas de diferente envergadura, puede otorgar el fracaso de las manos vacías o la satisfacción del encuentro con lo inesperado. En el ámbito de la literatura latinoamericana, y como fruto de ese tipo de labor, raudamente vienen a la memoria, entre otros, algunos hallazgos notables: el que en 1908 efectuó Richard Pietschmann de la *Nueva crónica y buen gobierno* de Felipe Guamán Poma de Ayala en la Biblioteca Real de Dinamarca; el que en 1980 consumó Aureliano Tapia Méndez de la “Carta de Monterrey” de Sor Juana en la Biblioteca del Seminario Arquidiocesano de esa ciudad mexicana. También, y en una línea de mayor consonancia con el libro que nos ocupa, la correspondencia compilada por Enrique Otte: las *Cartas privadas de emigrantes a Indias, 1540-1616*.

Hortensia Calvo –directora de la Latin American Library de Tulan University, en Nueva Orleans– y Beatriz

Colombi –profesora e investigadora en literatura latinoamericana de la Universidad de Buenos Aires– se internaron por esos caminos de exploración y hallaron en la mencionada biblioteca de esa universidad del sudeste norteamericano dos cartas autógrafas de María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga, condesa de Paredes y marquesa de La Laguna, quien junto a su esposo Tomás Antonio de la Cerda, marqués de La Laguna, vivió en el territorio del actual México entre 1680 y 1688. Ambos, María Luisa y Tomás, fueron enviados durante el reinado de Carlos II a ese territorio transoceánico para cumplir durante el período comprendido entre 1680 y 1686 el cargo al que habían sido destinados: virreyes de la Nueva España. “¿Quién fue María Luisa?”, se preguntan las coordinadoras del volumen, interrogación que conlleva otra adicional: ¿cuál es la importancia de este hallazgo? María Luisa no fue sino la mujer que ofició como mecenas de Sor Juana Inés de la Cruz, la monja jerónima y poeta magistral, mujer docta que, según la presenta José Emilio Pacheco en uno de sus poemas, constituyó una “llama trémula / en la noche de piedra del virreinato”. Pero la virreina, además de cumplir con el rol de mecenas, mantuvo una relación de amistad con Sor Juana, quien, en un sector de sus poemas, la va a camuflar bajo el nombre arcádico de Lysi de acuerdo con los cánones poéticos de la época. Fue precisamente el mecenazgo de María Luisa el que terminó de difundir la obra poética de la monja

mexicana en territorio español, ya que fue ella, la marquesa, quien impulsó la edición, en 1689, de *Inundación castálida* en la península.

Las cartas que ahora se nos presentan, escritas de puño y letra por la virreina, poseen un carácter íntimo, aunque merodeen, por momentos, asuntos relacionados con la administración y con cuestiones de Estado que encierran un trasfondo político. La primera de ellas, fechada el 30 de diciembre de 1682, es la que resulta de mayor relevancia por diferentes motivos. Uno de ellos es su destinataria: María de Guadalupe de Lencastre, duquesa de Aveiro, amiga de la virreina, quien también resultó ser una figura admirada por Sor Juana a causa de su amplia erudición y su cultura libresca. Los temas se suceden: la soledad de María Luisa en la estancia en la Nueva España, alejada de familia y de sus relaciones sociales españolas; la cercanía con los naturales; las dificultades propias del control del virreinato; las reflexiones políticas. Finalmente, se hace referencia de forma directa, aunque sin mencionarla por su nombre, a la monja jerónima, a Sor Juana, y se alude a las conversaciones que mantenían. Obviamente, y debido a la importancia de la figura mentada, ese sector del relato constituye un momento central del texto. La segunda carta, del 29 de julio de 1687, está dirigida a Vespasiano de Gonzaga y Urbino, padre de María Luisa. De menor extensión e interés, fue escrita tres meses después de la muerte de Vespasiano lo que da una idea de las dificultades que acarrearba la transmisión de información en el siglo xvii. Al igual que la anterior, oscila entre la información privada y la mención a intrigas palaciegas.

El marco otorgado a la presentación de estos textos resulta inmejorable. El libro está dividido en dos partes. La primera consta de un estudio introductorio organizado en dos capítulos destinados a dilucidar el origen y contenido de las cartas (capítulo I) y a presentar la genealogía, época, vida, relaciones sociales y traslados de María Luisa (capítulo II). La completan una cronología orientadora y una bibliografía. En la segunda parte está el contenido fundamental del libro: las dos cartas en tres versiones diferentes. En primer lugar, la edición facsimilar; luego, la versión paleográfica, que facilita y orienta el seguimiento de la versión facsimilar; y, finalmente, una versión modernizada y profusamente anotada que permite comprender sin problemas, y a pesar de la distancia histórica, el contenido de las misivas. Completan esta segunda sección cinco apéndices que van desde los datos de quienes integraron la comitiva de los virreyes en su viaje a Nueva España, hasta una serie de oportunas ilustraciones; poemas de Sor Juana destinados a María Luisa y a María de Guadalupe y de María Luisa a Sor Juana y dos cartas del duque de Medinaceli a su hermano, Tomás Antonio de la Cerda, el virrey de La Laguna. Vale decir, se trata de un trabajo sumamente cuidado de edición que el lector agradece, dado que permite adentrarse en textos que ofrecen muchas referencias probablemente desconocidas, así como un estado de lengua, la de fines del siglo xvii, que entraña dificultades y podría conducir —sin la orientación adecuada que las notas al pie otorgan— a errores.

En las últimas décadas del siglo xix, el argentino Lucio V. Mansilla dictaminó

que “si no se escribieran cartas íntimas, no habría historia auténtica”. Siguiendo su estela, podríamos preguntarnos cuál es la historia que nos transmiten estas cartas que ahora se nos presentan. Su relevancia consiste en que nos acercan algunos acontecimientos puntuales de la época –como las coordinadoras se encargan de resaltar–, de las labores que desarrollaban las mujeres en el palacio y a las que se había prestado poca atención, de la manifestación de una subjetividad femenina en los comienzos de la modernidad. Las cartas permiten, entonces, descubrir nuevas facetas de la personalidad femenina del momento, además de, en este caso específico, confirmar el tipo de relación –de amistad y admiración– que la marquesa había desarrollado con Sor Juana.

En su conocido libro sobre la monja mexicana, Octavio Paz plantea el gran desconocimiento que de la figura de María Luisa de Manrique de Lara y Gonzaga, condesa de Paredes, tenían los historiadores. Estas dos cartas que ahora ven la luz, presentadas de la mejor forma que se puede hacer, con el mayor detalle y el máximo rigor académico, permiten reconstruir, si no toda, un parte de la vida de la virreina. También brindan una tenue luz sobre aquella figura a quien debe gran parte de su fama y la atención de los especialistas, una de las más destacadas de la literatura latinoamericana, cuya presencia –aun en los momentos en que no se la menciona– sobrevuela las cartas en todo momento: la de Sor Juana Inés de la Cruz.

Martín Sozzi
(Universidad de Buenos Aires)

José Luis de Diego: *La otra cara de Jano. Una mirada crítica sobre el libro y la edición*. Buenos Aires: Ampersand 2015. 356 páginas.

La publicación en 2006 de *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000* supuso eso que se da en llamar un hito: un punto de partida necesario para comprender el nacimiento o la evolución de una disciplina en un ámbito determinado. El equipo que por entonces coordinó José Luis de Diego dio a la luz no solo un caudal de datos de gran valor para futuras investigaciones, sino que también hizo pública una metodología de trabajo posible para una disciplina que, en el ámbito hispanohablante, era todavía muy incipiente: la historia de la edición. La tupida transdisciplinariedad del trabajo en equipo que dirigió dio como resultado una historia analítica de las interrelaciones culturales, sociales y económicas que confluyen en los proyectos editoriales y se objetivan en sus catálogos. En el prólogo de aquel libro –que hace unos pocos meses fue reeditado y actualizado hasta 2010–, De Diego comenzaba con una cita de Pierre Bourdieu que servía de axioma de su manera de concebir la historia de la edición y que da explicación al título del volumen que aquí comentamos. En ella Bourdieu identifica el libro como “objeto de doble faz, económica y simbólica, es a la vez mercancía y significación, el editor es también un personaje doble, que debe saber conciliar el arte y el dinero, el amor a la literatura y la búsqueda de beneficio”. A partir de aquella concepción bourdiana del libro, De Diego ha llevado a cabo, desde entonces, varios trabajos que han sido recopilados en